



POR QUÉ LEER *WALDEN*

I

PAUL DRY*

Cuando sugerí leer *Walden*, me oí a mí mismo preguntar: “Pero ¿por qué leer *Walden*?”.

Entonces respondí: “Léelo porque es un clásico americano”. Por supuesto, *Walden* es un clásico americano; pero ahora debo decirles lo que creo que hace que un libro sea un clásico americano y por qué *Walden* pasa la prueba.

El lema de nuestro país, *E pluribus unum*, lo dice de una manera casi demasiado sucinta. Un clásico americano descifra típicamente cómo los americanos se entienden a sí mismos como parte de los muchos que luego componen una unidad. Todas las personas se enfrentan al enigma de lo uno y lo múltiple, pero los americanos han hecho de este asunto una parte esencial y permanente de su autocomprensión política.

En su alabanza de la Naturaleza, Thoreau suena tan romántico que nos hace pensar en el romántico original, el propio Jean-Jacques. Rousseau forjó el tipo del que Thoreau es un ejemplo, aunque no encaje a la perfección en el molde de Rousseau. Si bien el joven Thoreau puede resultar susceptible y quisquilloso con su alma única y mire por encima del hombro a sus vecinos, que en su opinión pasaban demasiado tiempo tratando de ganar dinero, no desprecia a la humanidad ni a esos vecinos cuando tropieza con ellos y entabla conversación. La noción de Thoreau de aquello que puede mejorarlo a él y a sus vecinos, lo veremos, difiere enormemente de la voluntad general de Rousseau.

Así que hemos de leer *Walden* porque dramatiza la experiencia americana de vivir el rompecabezas político de seguir siendo individuos mientras participamos en la vida política con nuestros semejantes.

Thoreau marcha a su cabaña en la orilla de la laguna de Walden el Día de la Independencia. No está lejos de la ciudad. Trata de buscar la distancia justa entre él y la ciudad. El primer párrafo del libro lo dice todo:

Cuando escribí las páginas siguientes, o más bien la mayoría de ellas, vivía solo, en los bosques, a una milla de cualquier vecino, en una casa que había construido yo mismo, a orillas de la laguna de Walden, en Concord, Massachusetts, y me ganaba la vida solo con el trabajo de mis manos. Viví allí dos años y dos meses. Ahora soy de nuevo un residente temporal en la vida civilizada.¹

* Editor de Paul Dry Books (Filadelfia). Agradecemos al señor Dry este intercambio de opiniones sobre *Walden* de Thoreau.

¹ HENRY DAVID THOREAU, *Walden*, ed. de J. Alcoriza y A. Lastra, Cátedra, Madrid, 2005, p. 61.

En el capítulo inicial, ‘Economía’, Thoreau da cuenta de los costes materiales y espirituales de su vida en la laguna de Walden. A lo largo del libro su truculencia aumenta cuando considera las costumbres de sus vecinos. De manera implícita, pregunta: “¿Cómo puedo estar de acuerdo con los ciudadanos de Concord si sus maneras son tan mezquinas y solo están interesados en ganar dinero?”. Su tono a aleja al lector; suena demasiado molesto y de mal humor como para que alguien quiera pasar tiempo con él. De hecho, parece que no quiere pasar mucho tiempo con los demás. Aún así, comparte el vivo interés de sus vecinos por la economía.

Thoreau ofrece pistas a los lectores de cómo han de leerle. Estas líneas provienen del capítulo titulado ‘Leer’:

Los libros heroicos, incluso impresos en el carácter de nuestra lengua materna, siempre estarán en una lengua muerta para las épocas degeneradas y deberemos buscar laboriosamente el significado de cada palabra y verso, conjeturando un sentido más amplio de lo que el uso común permite a partir de la sabiduría y el valor y la generosidad que tenemos. [...] Leer bien, es decir, leer verdaderos libros con un espíritu verdadero, es un noble ejercicio que ocupará al lector más que cualquier ejercicio estimado por las costumbres del día. Requiere un entrenamiento como el de los atletas, la firme intención de casi toda una vida con este objetivo. Los libros deben ser leídos tan deliberada y reservadamente como fueron escritos [pp. 147-8].

Sigue diciendo que para poseer completamente el tesoro de una lengua se han leer los grandes libros de la lengua, preferiblemente en las lenguas en que fueron escritos. Leía los clásicos de Grecia y Roma en sus lenguas originales. También incluye los clásicos indios. (¿Los leyó en la lengua original? No lo sé.)

Mientras piensa en la lectura de los grandes libros, juzga a sus conciudadanos.

¿A qué equivale nuestra cultura en Concord? En esta ciudad, con muy pocas excepciones, no hay el menor gusto por los libros mejores, o muy buenos, ni siquiera de la literatura inglesa, cuyas palabras todos pueden leer y deletrear [pp. 151-2].

Thoreau ha descubierto que la lectura, propiamente dicha, le resulta más saludable que la mañana o la primavera. Desea esta experiencia para los ciudadanos de Concord y también para sus lectores. Mientras lee y escribe a su solitaria manera en la laguna, no deja de tener en cuenta a sus vecinos. “Leer” acaba con una esperanza entusiasta:

Nueva Inglaterra puede contratar a todos los sabios del mundo para que vengan y le enseñen y alojarlos entre tanto, sin ser provinciana. Esa es la escuela *poco común* que necesitamos. En lugar de nobles, tengamos nobles ciudades de hombres [este no es un anhelo rousseauiano]. Si es necesario, omitamos un puente sobre el río, vayamos un poco más allá y tensamos un arco sobre el más oscuro golfo de la ignorancia que nos rodea [p. 155].

Por su propio relato, Thoreau fue a Walden a leer bien y escribir bien, esto último con la esperanza de que algunos de sus vecinos lo leyeran bien. Pensaba que escribir y leer bien serviría de puente para juntar a sus conciudadanos.

Considera la naturaleza un libro que también hay que leer y Walden es un ojo. “Un lago es el rasgo más hermoso y expresivo del paisaje. Es el ojo de la tierra; al mirar en su interior, el observador mide la profundidad de su propia naturaleza” (de ‘Las lagunas’, p. 225).

En el capítulo “Primavera” se llega al clímax de lo que Thoreau aprende de su lectura de la Naturaleza. Describe las formas fluidas que adopta la arena de la caja del ferrocarril bajo la influencia del sol. Ve emerger la figura de un hombre; la arena parece generar una forma humana. Escribe con exuberancia:

Esta es la escarcha que se retira del suelo, es la primavera. Precede a la primavera verde y florida, como la mitología precede a la poesía regular. No conozco nada mejor para purgarnos de los tufos e indigestiones del invierno. Me convenzo de que la tierra aún está en pañales y estira sus dedos infantiles por todas partes [p. 334].

El lenguaje es abundante, aunque también me resulte patético. El escritor imagina que de un banco de arena prácticamente estéril saldrá una abundante mitología. Pero a él le basta. El capítulo termina con su partida de Walden.

De este modo acabó mi primer año de vida en los bosques y el segundo año fue parecido. Abandoné Walden el 6 de septiembre de 1847 [p. 343].

Este estado de ánimo contrasta con las asperezas de Thoreau hacia sus semejantes, los Johns y los Jonathans de su ciudad. En las últimas páginas del libro se derrama por todo el globo como si quisiera desafiar a sus lectores a pensar más extensamente en sus vidas. Despierta, se ruega a sí mismo y sus semejantes.

Solo amanece el día para el que estamos despiertos. Queda más día por amanecer. El sol no es sino una estrella matutina [p. 356].

¿Ha tenido éxito esta retórica? ¿Fue digno su objetivo? Los americanos siguen leyendo a Thoreau por muy irritante que sea. A mi juicio, lo hacemos porque *Walden* nos insta a tener mala conciencia por la falta de intensidad de nuestra vida y porque nos reafirma en la posibilidad de cambiar nuestras costumbres y empezar de nuevo. La prosa de Thoreau es petulante y pretenciosa. Pero ¿pensamos que son sinceras sus exigencias? ¿Creemos que viviremos en un mundo mejor si leemos grandes libros y miramos de cerca el mundo natural y compartimos estas experiencias con nuestros semejantes?

Muchos de nosotros lo creen y algunos de nosotros viven de esta forma.

Traducción de Jorge Orts Fullana

II

JORGE ORTS FULLANA*

1. Suelo encontrar dos tipos de lectores iniciáticos de *Walden*: los jóvenes que llegan a la obra por primera vez y quedan eclipsados por su amanecer y los que vuelven durante la madurez esperando con nostalgia recuperar aquellas primeras impresiones. Esta segunda lectura tiene algo de prueba, de precavida distancia, y es entonces cuando Thoreau cobra, o no, la dimensión debida. Sobre si *Walden* es un clásico americano, no cabe duda: “Léelo porque es un clásico americano”. Por supuesto, como dice Paul Dry, *Walden* es un clásico americano y, por mi parte, nada podría objetar a su defensa. Pero a esta lectura le sobreviene otra que hasta la llegada de Stanley Cavell parecíamos evitar: ¿Es *Walden* “simplemente” un clásico americano o puede considerarse también

* Graduado en Filosofía y doctorando, prepara su tesis sobre el carácter filosófico de *Walden*.

una obra clásica de filosofía? ¿Podemos tomar a Thoreau como un filósofo? ¿Podríamos hablar, quizá, de un clásico de iniciación a la filosofía? ¿Qué diferencia hay entre la iniciación a la filosofía y la filosofía? Las preguntas se desbordan, pero me gustaría modestamente sugerir algo que acompañe a las reflexiones de Dry.

En el primer capítulo, ‘Economía’, la palabra “filosofía” aparece al menos cuatro veces, una cantidad estimable teniendo en cuenta la deliberación de Thoreau con la escritura y la lectura.

La primera vez es para enfrentarla a lo que Thoreau llama “lo necesario para vivir”. La filosofía, junto a la pobreza y el salvajismo, ha intentado hacer frente a esas necesidades.

Con las palabras *necesario para vivir* me refiero a todo lo que, obtenido por el propio esfuerzo del hombre, ha sido desde el principio, o ha resultado por el uso, tan importante para la vida humana que pocos, si los hay, por salvajismo, pobreza o filosofía, han intentado subsistir sin ello [p. 69].

En otro lugar equipara la filosofía a “economía de vivir”. En *Walden*, el propio Thoreau saca las cuentas exactas de los gastos e ingresos; parece no rehuir la contabilidad. Si quieren un testimonio de vida austera, aquí tienen mis cuentas (*account*). Pero la economía de vivir es más que eso. Pretende relatarla (*account*).

Incluso el estudiante *pobre* estudia y aprende solo *economía política*, mientras que la economía de vivir, que es sinónimo de filosofía, ni siquiera se profesa sinceramente en nuestras universidades [p.105].

Quizá en la India algunos profesen mejor esta economía de vida. Es de sobra conocida la afinidad de Thoreau por los libros orientales, como la Bhagavad Gita, que leyó en las traducciones que entonces empezaban a llegar al mundo occidental. “Era adecuado que viviera sobre todo de arroz quien tanto amaba la filosofía india” (p. 112).

Pero cuando más fuerza cobra el sentido de la palabra filosofía es, precisamente, cuando apunta de nuevo a las universidades.

Hoy en día hay profesores de filosofía, pero no filósofos. Sin embargo, es admirable profesarla porque una vez fue admirable vivirla [p.71].

No me gustaría ser categórico. Sabemos que en Thoreau, parafraseándolo, hay tantas lecturas como radios pueden trazarse desde un centro; pero creo que no fallamos al pensar que el primer capítulo podría titularse “Filosofía” y que la filosofía no se entiende sin una forma de vivir. En los cuatro extractos citados aparece el verbo “vivir” o la palabra “vida”. A la pregunta de si Thoreau es un filósofo podríamos contestar: si ser un filósofo es vivir una vida propiamente filosófica, Thoreau lo es.

2. *E pluribus unum*. De muchos, uno. También podría entenderse así: el individuo forma parte de la multitud, pero sin dejar de ser individuo, quizá como la tensión entre el individuo y los vecinos, entre Walden y Concord, entre el filósofo y el grupo, entre *Walden* y el lector. Una tensión saludable.

El Día la Independencia Thoreau se va a la cabaña de Walden. A una milla están los vecinos. Parecen sentirse perdidos, inquietos, no saben muy bien por qué. El sentimiento de pérdida es común en el escritor y en los vecinos.

Hace tiempo perdí un perro, un bayo y una tórtola, y aún sigo su rastro. He hablado de ellos con muchos viajeros, les he descrito sus rasgos y la llamada a la que responden. He encontrado a uno o dos que han oído al perro y el trote del caballo, e

incluso han visto desaparecer a la paloma tras una nube, y que parecían tan ansiosos por recobrarlos como si los hubieran perdido ellos mismos [p.73].

La palabra “ansiedad” aparece cuatro veces en el primer capítulo.

Podríamos confiar más de cuanto lo hacemos. La naturaleza está tan bien adaptada a nuestra debilidad como a nuestra fuerza. La incesante ansiedad y esfuerzo de algunos es una forma casi incurable de enfermedad [p.68].

Pero Thoreau está en Walden escribiendo *Walden*. Walden y *Walden* son lugares saludables. Los vecinos acuden a visitarlo de vez en cuando: ahora estos vecinos son sus lectores. A diferencia de *Las confesiones* de Rousseau, el autor de *Walden* goza de salud. El tono puede resultar altivo, pero no hay narcicismo herido. No hay oscilaciones desde la omnipotencia al victimismo. Hay confianza. Dice que se jacta, pero parece que lo haga en nombre de la humanidad: “Si parece que me jacto más de lo conveniente, mi excusa es que alardeo de humanidad más que de mí mismo” (p. 103). Si el lenguaje de Thoreau puede irritar, quizá sea por su esfuerzo en permanecer, y hacer permanecer al lector, en esa tensión entre lo uno y lo múltiple, el individuo y sus semejantes. Solo si el individuo se mantiene como individuo, sin negar su pertenencia a la ciudad, puede mantenerse despierto.

No pretendo escribir una oda al abatimiento, sino jactarme con tanto brío [*lustly*, que también podríamos traducir por “saludablemente”] como el gallo encaramado a su palo por la mañana, aunque solo sea para despertar a mis vecinos [lema del libro].

Mantenerse despierto (o estar alerta o adelantarse a la mañana o anticiparse a la naturaleza) es lo más cercano a llevar una vida propiamente filosófica. *Walden* es el esfuerzo por estar despierto. Empieza y acaba describiendo este empeño y alentando a sus vecinos a mantenerse despiertos. Visto así, *Walden* no es un tratado de filosofía, sino un clásico de iniciación a la filosofía, y habrá tantos caminos iniciáticos como individuos en una multitud.

Dejé los bosques por una razón tan buena como la que me llevó. Tal vez me pareciera que tenía más vidas que vivir y no podía dedicarle más tiempo a aquella. Es sorprendente con qué facilidad e insensibilidad seguimos una ruta particular y la convertimos en un camino trillado. No llevaba allí una semana y mis pisadas ya habían trazado un sendero desde mi puerta a la orilla de la laguna y, aunque han pasado cinco o seis años desde que lo seguía, aún es visible. Es cierto, temo que otras puedan haberlo seguido y, de este modo, contribuido a mantenerlo despejado [p.357].

3. ¿Son las obras de iniciación a la filosofía realmente obras filosóficas? ¿Exigen del lector el mismo esfuerzo que las obras filosóficas?

La filosofía podría concebirse como un esfuerzo por desvelar lo que en la ciudad no podemos ver. Todo aquel que se preste a vivir filosóficamente levanta el velo de la divinidad.

El más antiguo filósofo egipcio o hindú levantó el borde del velo de la estatua de la divinidad, y la tela temblorosa aún sigue alzada, y yo contemplo una gloria tan reciente como él, pues fui yo en él quien fue entonces tan osado y es él en mí ahora el que vuelve a tener la visión. No se ha posado el polvo en esa tela; no ha pasado el tiempo desde que se reveló la divinidad. El tiempo que realmente mejoramos, o que es mejorable, no es pasado, ni presente ni futuro (p. 146).

Aprender a leer los grandes clásicos, también los grandes clásicos de la filosofía, nos relaciona con la verdad.

Al acumular propiedad para nosotros o nuestra posteridad, al fundar una familia o una hacienda, o incluso al adquirir fama, somos mortales, pero al tratar con la verdad [*in dealing with true*: relacionarse con la verdad; negociar con la verdad] somos inmortales.

La forma genuina de Thoreau para relacionarse con la verdad es la escritura. Como señala Dry, Thoreau va a Walden a escribir y el esfuerzo y la seriedad con la que escribe se la exige al lector. El lector no ha de convertirse en escritor, ni siquiera es necesario que la escritura sea el único camino de la mañana, pero “una palabra escrita es la más escogida de las reliquias. Es algo más íntimo para nosotros y más universal que ninguna obra de arte. Es la obra de arte más próximo a la vida” (p. 149). La tarea del lector es mantener la confianza en las palabras escogidas por Thoreau y leer *Walden* tan deliberada y reservadamente como fueron escritas (p. 148). Es decir, pensar *Walden*.